

ACTIVIDAD LITERARIA EN EL ATENEO DE MADRID

EL Ateneo de Madrid ha continuado durante este curso su actividad intelectual, que cada día alcanza un más alto nivel. Las más destacadas figuras de la intelectualidad española han desfilado por su cátedra durante el presente año. Todo lo que en la vida cultural representa y significa algo en el orden de la inteligencia, tiene su adecuada resonancia en el ámbito de esta veterana Institución.

Ciclos sobre teatro, arte, humor, se han desarrollado estos últimos meses en aquella docta casa. Ultimamente, el tema españolísimo del toreo ha repercutido con ecos intelectuales en el marco del Ateneo matritense, logrando de este modo que, una fiesta popular, alcanzase una alta significación literaria. Huelga decir que todo ello se debe al celo con que el presidente del Ateneo, don Pedro Rocamora, está dirigiendo la vida espiritual de aquel Centro.

Recientemente, por el Ateneo han desfilado figuras de la intelectualidad internacional, singularmente destacadas en el campo de la literatura. Tal es el caso de la Condesa Marta de Fels, del aca-

démico francés Claude Farrere, del crítico Wladimir Weidle o del director de los «Ballet» ingleses, Mr. Arnold Haskel.

La conferencia de la Condesa de Fels tuvo notoria importancia, no sólo por la personalidad de la conferenciante, sino también porque fué precedida de unas palabras preliminares del Dr. Marañón, que nos complacemos en transcribir:

Palabras del Dr. Marañón:

«Brevísimas van a ser estas palabras, que, por encargo del Presidente del Ateneo y por cordial movimiento mío, han de servir de saludo a la Condesa de Fels.

Brevísimas, porque su historia de amante de todo lo que es digno de amarse, que es el mundo; porque su curiosidad y su competencia ante los espectáculos del arte; porque el renombre de sus conferencias, son conocidos de cuantos han venido a escucharlas.

Pero, brevísimas, sobre todo porque nada que no fuera leve, podía servir de preámbulo a esta conferencia suya, que tiene, como cuanto sale de su corazón y de sus labios, la gracia ligera de una flor.

Va a hablarnos la Condesa de Fels, de los jardines de Francia a través de los siglos. En realidad, esto equivale a hablarnos de la Historia de Francia. Porque Francia, que tiene su mundo insigne de poetas y de pensadores, de inventores y de hombres de ciencia, de grandes y preclaros artistas, tiene, además, sus jardines. Y estos jardines, son tantos y están tan llenos del alma francesa, que no sólo palpita Francia en cada uno, sino que, toda Francia, a los ojos del espectador absorto, no es otra cosa que un jardín.

Contar, pues, cómo son y cómo han sido los jardines franceses, es una crónica de vivir y del pasar del alma francesa.

Jardines hay en todas partes. Los hay en maravillosos esquemas, matemáticos, de apretadas flores, en Holanda. Los hay en Inglaterra, llenos de un calor íntimo, que parece una prolongación del hogar. Los hay en Oriente, ideados para lucir en la

magia de la noche profunda. Y en España, los hay maravillosos, recónditos e inesperados, llenos del necesario abandono para que pueda evocarse el recuerdo y la nostalgia de esa hora de pasión, que, aunque no lo sepamos, quedó allí, prendida entre los arrayanes.

Pero los jardines de Francia tienen un encanto que no se puede definir. No son escenarios de nada. Sino que son, ellos, protagonistas de muchas cosas. Tienen, en su sentido y en su historia, algo que palpita, con un aliento vivo, de deseo siempre cerca y no conseguido jamás; cuyo secreto, como el de tantos otros matices de la vida francesa, es, en suma, una mujer. Una mujer que ha pasado y que se presiente todavía, con esa realidad entrañable, que tienen, para los sentidos, los presentimientos.

Nada más normal ni más exacto, por consiguiente, que de esos jardines, llenos de palpitación y de gracia, que de esos jardines, donde la alegría de vivir se destila, que sabía medida, desde el alambique de una secular experiencia, nos hable la Condesa de Fels, que es una alegoría de la mujer francesa.

Cuando oigáis su voz —su voz admirable— hablando de los senderos y de las glorietas llenas de rosas, tendréis la ilusión plástica y viva del jardín francés, con algo que forma parte del jardín mismo, con el rumor de un paso femenino que se aleja y la visión de unas manos, que, al pasar, acarician, en su tallo, a una flor.

Yo saludo a esta mujer francesa, que vuela de unos climas a otros, empapada de esos aires del lejano mundo, que sabe recorrer con el paso, seguro y ligero que se aprende andando en los parterres.

En todas partes la acogen la admiración y el entusiasmo de cuantos la escuchan. Aquí, ahora, tiene otros homenajes que recoger: el de los españoles que han encontrado una hora de paz en su hogar maravilloso, y un gesto de amor y de ternura para todo lo que tiene un valor eterno en España.»

La Condesa de Fels y los Jardines de Francia

La Condesa de Fels comenzó estudiando en su conferencia los jardines de la Edad Media y del Renacimiento. Los más bellos de la Edad Media están en España, porque esta es una época esencialmente religiosa, y un pueblo con este espíritu sabe venerar todas las obras de Dios y llenarse su corazón de ternura frente a un paisaje cubierto de flores. Los jardines del Renacimiento son los de la sensualidad y los del amor, así como los anteriores eran los del misticismo. En el Renacimiento, los muros desaparecen; los castillos están jalonados de parques; la vida del arte italiano se comunica al jardín, en el que ya crecen flores con categoría de símbolo.

En el siglo XVII aparece el jardín como obra de la inteligencia, y la arquitectura es el arte director. Finalmente, aparece en el siglo XVIII el jardín de la sensibilidad; es el siglo en que el espíritu desea volver a la naturaleza. Entonces aparecen los jardines de los paisajistas. Los árboles recobran su libertad. Recordad en este sentido los paisajes que sirven de fondo religioso a los cuadros de Watteau.

La Condesa de Fels terminó evocando los jardines de París, sobre todo el de las Tullerías, que fué testigo trágico de la caída de Luis XVI en 1792, y que en 1871 la bella Emperatriz Eugenia de Montijo abandonaría con el alma traspasada de melancólico dolor.

Claude Farrere y el Cid

Con el título «*El Cid Campeador, símbolo de heroísmo*», dió el día 25 de marzo el escritor y Académico francés, Claude Farrere, una conferencia en el Ateneo de Madrid.

Hizo la presentación del orador el Académico de la española, don Eugenio Montes.

El Sr. Farrere comenzó diciendo que no era del Cid histórico del que quiere hablar, sino del Cid de la leyenda, que es tan conocido o más que la misma historia.

Hace referencia al viejo Diego Laínez; habla de la muerte

del Conde Gomar y de la boda del Cid con su hija, así como de las mocedades, refiriéndose a la tragedia del Cid representada en París en 1636 ante la Corte de Luis XIII y del Cardenal Richelieu; comenta las figuras de Jimena y el Cid, que constituyen un inmenso entusiasmo en el mundo entero. Exalta el heroísmo de las dos figuras de la mujer que ama, su ideal y su honor, y del hombre y del héroe por su Patria y su dama. Hace un paralelo literario de los dos amores, comparándolos con los de Cyrano de Bergerac, de Rostand, que el conferenciante vió representar en el idioma japonés en uno de los más grandes teatros de la capital japonesa.

Es esta leyenda del Cid, un símbolo de la exaltación del patriotismo que no solamente es nacional sino humano. Prueba de ello es que los mismos franceses del siglo XVII, que en tiempos anteriores estuvieron en pugna con España, aplauden la tragedia de Corneille y refleja que, a pesar de la diferencia entre españoles y franceses, éstos no dejan de reconocer y aplaudir las cualidades y esencias peculiarísimas de nuestro temperamento y carácter, de valor inigualable y capaces, al mismo tiempo, de todas las delicadezas y de todas las nobles pasiones.

Terminó glosando las palabras de Bossuet sobre la Infantería española, que es el símbolo del mejor heroísmo militar de un pueblo. Los heroicos soldados de España, con los que alcanzaron la victoria de Verdún, formarían la alianza más invencible. Si no hubiera sido por la triste aventura napoleónica —dijo M. Farre—, entre Francia y España siempre hubiera habido una paz fecunda. Después de subrayar las virtudes del Ejército español, terminó haciendo votos por una recíproca comprensión de los dos pueblos.

Toros en el Ateneo de Madrid

El ilustre académico José María de Cossío, ha inaugurado un curso de conferencias sobre toros, que darán diversas personalidades del mundo de las letras y de la tauromaquia sobre este tema en el Ateneo.

El tema de la conferencia de Cossío fué: «*Cómo se hizo la fiesta*». Al justificar la hostilidad de los ambientes intelectuales de primeros de siglo, dijo el Sr. Cossío, se hace forzoso recordar la larga y ancestral hostilidad que han remontado ya los toros. Por puntos de moral, en los siglos XVI y XVII; por razones de tipo económico o agrario, en el XVIII; por alegaciones de tipo espiritual y sentimental, en el XIX; por desviaciones intelectualistas, un momento más tarde. Cossío expone bellamente —con densidad y concreción— todo ese tema, que tiene trillado en sus monografías. Y una vez esbozada de esta forma esa pugna y la sorprendente pervivencia de los toros, impregnados de popular vitalidad; una vez admitidos los toros como fenómeno español ineludible, se dedica al examen de su razón de ser y de sus principales esencias.

Sobre atavismos de tipo también religioso, se añaden en los orígenes razones de orden natural, como la existencia del toro bravo y la necesidad de su caza y pastoreo. Este se hace a pie en el norte, a caballo en el sur, y aquélla, siempre por medio de una técnica elemental, que es el origen de las suertes. El ancestral tореo a pie, lo prueban documentalmente en la Edad Media ya el poema de Fernán González y los escritos del Rey Sabio. Los caballeros —protectores tradicionales del pueblo— entran luego en la Fiesta (tesis nueva) por misión y afición, y ya en el XVI alancean a la brida. El XVII marca la jineta, y con ella el esplendor del rejoneo. El XVIII vuelve a ser del pueblo, por razones políticas y de equitación también —vuelta a la brida—, y el XIX, finalmente, es el gran tiempo de las corridas tal como hoy.

Todas esas estampas han ido brotando acabadísimas en la disertación del conferenciante, La gente oye en silencio. Se sisean las toses de los catarrosos. Y la atención se afina aún más en este último período.

Es realmente preciosa la escala de aportaciones que Cossío va marcando en esa última etapa. Desde la nota clásica y gimnástica de los primitivos lidiadores navarros, hasta las tres aportaciones andaluzas, decisivas: la gracia, la elegancia y la estética: Costilla-



res, Lagartijo, Belmonte, con todos sus eslabones y satélites. Con la afirmación final —final, porque lo es para la charla, y por su valor de eje para la técnica del arte del toreo—, sobre las tres figuras cumbres que califica de diestros ecléticos: Paquiro, Guerrita y José.

Cuando Cossío acaba, el público aplaude muy fuerte. Casi como en los toros. Nosotros estamos, también, muy contentos. Habíamos pensado muchas veces en una cosa así. ¿Por qué no iba a ser esto de hablar en serio de los toros? Toros en el Ateneo. Lo ha sido hoy. Y lo será seis veces —igual que seis toros, corrida completa—. Con otros cinco días más, con otras cinco firmas grandes, después de este magnífico Cossío, primer espada del cartel —por su derecho propio— y director altísimo de lidia.

Inaugurado así el ciclo sobre el toreo, en días sucesivos ocuparon la tribuna el poeta Gerardo Diego, que se ocupó del tema *La suerte o la muerte*; el escritor y dibujante Ricardo García «K. Hito», sobre *El toreo entre las bellas artes*; el ganadero don Antonio Pérez Tabernero, sobre *Los ganaderos (ni tan malos los de antes ni tan buenos los de ahora)*; el torero Domingo Ortega, sobre las *Artes clásicas del toreo*, y, por último, el crítico Antonio Díaz Cañabate, sobre el *Planeta de los toros*.

El éxito de este ciclo ha sido rotundo, y en él ha destacado el tono altamente intelectual con que un tema, tan popular como este del toreo, ha sido tratado por los diversos conferenciantes.

